Claudio Solar

Canto ritual del sur

I

Soy sureño, me canta esta luz de vacío,
soy el grito golpeando contra las cumbres
[altas donde las piedras sueñan con austral sonido]
y los cipreses cónicos su índice adelantán.
Vengo de todas partes, de la antártida tie-
[rra donde los hombres tienen consistencia de]
cumbres o de rocas con verdes colores sollozado.
El helecho y la rosa con contornos de fiel-
ta sobre la cordillera lirio gris y morado;
y los potros sonando sobre praderas am-
[plias la canción de los cascos salpicados de plata.]

II

Vengo desde la tierra donde el sol se decli-
[na y hasta las voces tienen sabor de hoja mo-
jada, de ciprés y de lirio cortado en cuatro cruces
hacia los litorales donde el agua se duerme.
¿Qué raigambre de rocas, qué columnas de
[tiempo; en largos atalayas los veo siempre arguirse
con pájaros de agua lamiéndole las playas
y eternos centinelas, arañando sus costas!
Con la jibia y la ostra, pureza milenaria,
con su olor de salobre indíce azul y plata
verdeando entre los recios confines de las
folas, mientras cabelga el cielo sobre una nube
[parda.

III

Una noche cualquiera, cuando el viento
[me sueñe, y piense que he dormido en la palma de un
robí, vendré con caracoles dulcemente flotados
sobre los techos rotos de las viejas mansio-
[nes. Espiral del camino y una cruz en el cielo,
por ellos va mi rata; marino de tus ojos
seré mientras me sople el oído de la tarde
con plurales de lluvia y sol obscuro y ciego.
Vendré, como el camino, desde la cordille-
[ra golpeando con el río sobre cantos y perlas,
con el balido puro de las bestias de cargas,
lleánydote en el pecho como rosa una estre-
lia.

Raptoria para la Vida del Hombre. Imprenta

Samuel A. Lillo

El roce

Selva de mi patria amada
bajo cuya amplia entramada
tantas veces me dormí,
tras la quietud y el descanso
que me brindó tu remanso,
otra vez vuelvo hacia ti.

¿En dónde están la verdad,
las sombras y la frescura
de tu encantado vergel?
Lo saben las igacás rachas
y los filos de las hachas
que te golpearon ayer.

¡Oh! Bosques de la frontera
que bordabas la ribera
del legionario Imperial,
bosque amigo, ya no subes
a besar las blancas nubes
con tu cúpula triunfal.

Y tú, rey de la montaña,
oh, río, río viste sin saña
tu selva desaparecer,
sin desbordar tus corrientes
sobre las llamas ardientes
que te abrasabán los pies.

Y hoy, de nuevo, en lontananza,
el roce surge y avanza
sobre el último torreón
que le opone todavía